



DEL RELATO DE ENIGMA AL NEOPOLICIAL LATINOAMERICANO: UN ANÁLISIS COMPARATIVO DEL POLICIAL DE CONAN DOYLE Y PACO IGNACIO TAIBO II

Diego Ernesto Parra Sánchez
(Universidad de Salamanca)

Resumen. En un periodo literario caracterizado por la revitalización de géneros como la novela policíaca, el escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II renueva la fórmula clásica del *hard boiled* estadounidense oponiéndola a la tradicional *whodunnit*, cuyo principal referente es Sir Arthur Conan Doyle. Así, por un lado, lo acerca a los lectores mexicanos –a través de la desmitificación del detective–, alentando en ellos una actitud de compromiso contra el corrupto sistema en el que viven. Por otro, lo convierte en un arma para la crítica contra los estamentos político, policial, judicial e informativo. Este escritor aprovecha el natural enraizamiento del género negro con la realidad urbana y su problemática para arremeter contra ellos desenmascarándolos y vertiendo todo tipo de denuncias. Por lo tanto, la obra de Paco Ignacio Taibo II encierra tanto un incisivo poder para la concienciación del ciudadano como un corrosivo potencial para el ataque contra el sistema mexicano.

Abstract. In a literary period characterized by the updating of genres like crime novel, the Mexican writer Paco Ignacio Taibo II renews the classic North American *hard boiled* writing opposed to the traditional whodunit literary trend, whose main author is Sir Arthur Conan Doyle. Thus, on the one hand, he brings it closer to Mexican readers –through the detective demystification–, encouraging them to acquire a committed attitude against the corrupt political system they live involved in. On the other, he converts crime novel into a weapon dedicated to criticize political, police, judicial and journalistic collectives. This writer takes advantage of crime novel inherent connection with urban reality and its problems to attack them stating all kind of reports and unmasking their corrupt nature. Therefore, Paco Ignacio Taibo II's novels enclose an incisive power to make the citizens aware of social problems and a corrosive strength to fight against Mexican system.

Palabras clave. Neopolicial Latinoamericano, Detective, *Whodunnit*, Crítica

Keywords. Latin-American Crime Novel, Detective, *Whodunnit*, Criticism

*Extrajo el crimen del jarrón
veneciano y lo depositó en el
callejón*

*Raymond Chandler,
El simple arte de matar*

Las siguientes páginas pretenden acercarse a dos de las sagas más populares del género criminal por medio de un análisis comparativo no solo de los detectives que las protagonizan, sino de sus señas de identidad, tanto contextuales como discursivas. Por un lado Sherlock Holmes, el incombustible sabueso victoriano creado por Conan Doyle con la publicación en 1887 de *Estudio en escarlata*¹. Por otro, Héctor Belascoarán Shayne, el más famoso de los investigadores mexicanos y abanderado junto a su autor, Paco Ignacio Taibo II, del nuevo policial latinoamericano tras la publicación de *Días de combate* (1976)². Se trata de dos personajes distantes, alejados en el tiempo y sumergidos en contextos político-sociales diferentes. Sin embargo, la enorme influencia que la obra del escritor escocés tuvo en su tiempo hizo que, con el paso de los años, su personaje se conformara como el gran paradigma detectivesco: un referente difícilmente eludible en la creación de tantos investigadores posteriores, bien por adhesión bien, como en el caso del escritor mexicano, por rechazo a este modelo detectivesco. Por consiguiente, se va a presentar a partir de aquí un estudio comparativo de ambas series en torno a cinco ejes fundamentales: la naturaleza y finalidad de cada discurso policíaco, el lugar del crimen, la figura del investigador, el método de investigación y el agente del crimen.

1. Naturaleza y finalidad del discurso policíaco

La fórmula policíaca clásica o *whodunnit* que protagoniza el detective inglés nace enmarcada en un contexto intelectual dominado por la filosofía positivista³, corriente de pensamiento filosófico que estará en estrecha relación con la sociedad burguesa y que, impelida por el revolucionario desarrollo industrial, dominará prácticamente todo el siglo bajo la consideración del

¹ La saga Sherlock Holmes consta de cuatro novelas –*Estudio en escarlata* (1887), *El signo de los cuatro* (1890), *El perro de los Baskerville* (1902) y *El valle del terror* (1915)– y cincuenta y seis relatos compilados en cinco volúmenes: *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *Las memorias de Sherlock Holmes* (1893), *El regreso de Sherlock Holmes* (1904), *Su última reverencia* (1917) y *El archivo de Sherlock Holmes* (1926).

² Es la primera novela de la serie Belascoarán Shayne. Tras esta vendrán *Cosa fácil* (1977), *Algunas nubes* (1985), *No habrá final feliz* (1981), *Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia* (1989), *Amorosos fantasmas* (1989), *Sueños de frontera* (1990), *Desvanecidos difuntos* (1991), *Adiós Madrid* (1997) y *Muertos incómodos* (2005), última novela de la saga.

³ No pasemos por alto el revelador hecho de que la publicación de la obra señera de este movimiento, *Curso de filosofía positiva* (Auguste Comte, 1798-1857) tuvo lugar en el año 1842, solo un año después de que se estrenaran las aventuras del detective Dupin.

método científico y de la razón como instrumentos de conocimiento seguro e imprescindibles para construir el mejor modelo de sociedad posible. Así pues, esta novela policíaca tradicional está caracterizada, por un lado, por la atmósfera burguesa que transpira, sobre todo en lo que respecta tanto a la caracterización de personajes como a la conformación de las tramas y sus emplazamientos, y, por otro, por la fe ciega en la razón y la lógica para el esclarecimiento de los conflictos. Fundamentado en la confianza de que la realidad está coordinada y organizada de una manera razonada y metódica, este discurso policíaco pretende únicamente el planteamiento de un enigma o caso intrincado por desentrañar que, por muy difícil que parezca en un primer momento, siempre termina siendo resuelto por mediación exclusiva de la lógica deductiva. Por lo tanto, se trata de un tipo de relato cuyo fin radica en sí mismo y carente de proyecciones más allá del texto, un mero algoritmo literario que comienza con el planteamiento del enigma y termina con su resolución.

En cambio, el discurso policíaco protagonizado por Héctor Belascoarán Shayne se decanta más por la fórmula estadounidense *hard boiled* canonizada por los maestros Dashiell Hammett y Raymond Chandler; fórmula literaria que estos autores latinoamericanos no se limitan sólo a imitar, sino que, yendo más allá, la reformulan para adaptarla a los conflictos de sus respectivos países y convertirla en un arma para el retrato crítico y la denuncia más acerada⁴. En un contexto global posterior a las revueltas de mayo del '68 y heredero de multitud de conflictos bélicos –entre los cuales las dos guerras mundiales– con decenas de millones de vidas a sus espaldas, la vieja premisa positivista ha quedado depuesta dando paso a un mundo caótico guiado por la sinrazón y las pasiones. En definitiva, un contexto en el que el discurso policíaco de enigma se ha quedado sin lugar. Así pues, a diferencia de Conan Doyle, el relato detectivesco en Paco Ignacio Taibo II deja de ser un mero juego literario urdido en torno a claves lógicas. Deja de tener un fin en sí mismo para convertirse en un pretexto cargado de connotaciones cuyo verdadero fin traspasa las fronteras textuales: efectuar una ácida denuncia contra el corrupto sistema mexicano bajo gobierno del PRI, aprovechando el enraizamiento natural de este tipo de discurso con el ambiente urbano y su problemática.

⁴ Esta idea del relato policíaco como arma efectiva y molesta se desprende tanto de algunos de los títulos de sus obras –*Días de combate* (1976) o *Sintiendo que el campo de batalla* (1989), novela protagonizada por la periodista defenida Olga Lavanderos y, por ende, ajena a la saga que nos ocupa–, como de muchas de sus novelas: «El escritor estrella su máquina de escribir contra el subjefe de la judicial y pinchemil guardias todos con pistolas, rifles, metras, cañones, bazukas y sacamierdas» (Taibo II P.I. 2005a: 88).

2. *El lugar del crimen*

En lo que respecta al lugar del crimen también existen notables diferencias entre ambas sagas. Como es de sobra conocido, la imagen de Holmes está indisolublemente ligada a la del Londres victoriano, mientras que la mayoría de las aventuras de Belascoarán transcurren en ciudad de México. Lo primero que se debe decir es que se trata de dos universos novelescos deudores de su tiempo y, por lo tanto, confeccionados en torno a parámetros bien distintos y de naturalezas opuestas. En línea con los presupuestos positivistas que acabamos de mencionar, las aventuras de Holmes se ubican en un espacio construido y regido en torno a coordenadas lógicas y racionales. Es un espacio sustancialmente armónico y equilibrado donde el acto delictivo suplanta el orden establecido pero solo momentáneamente, porque este fallo en el sistema termina siendo restañado tras verse aplastado por el enorme peso, no de la ley, sino de la lógica o, si se prefiere de la ley de la lógica. A su vez, esta articula y vertebra todo este universo como si de un cuerpo matemático se tratase. En cambio, liberado de estas constricciones racionales, la superpoblada y desbordante ciudad de México se nos presenta como una entidad mucho más compleja, apenas comprensible y articulada, en este caso, en torno a las leyes del caos, la arbitrariedad y la locura.

Si bien en el caso de Holmes se podría decir que la ciudad de Londres se limita a cumplir la función de escenario, el México D.F. de las novelas de Taibo II tiene tanto peso y está dotado de una identidad tan fuerte que podríamos perfectamente decir que, además de actuar como escenario, puede perfectamente ser considerado un personaje más de la saga, quizá el más importante. Bajo la imagen de un monstruo de mil caras, en alusión a su complejidad e imposibilidad de dominio, está constantemente ligado a la imagen de un campo de batalla. Además, el D.F. que aparece en las novelas de Taibo II está dotado de una fortísima personalidad nutrida de un sinfín de referencias tanto a la alta cultura mexicana como a la de masas. Así, la atmósfera que se respira está cargada de alusiones a poemas de José Emilio Pacheco entremezclados con los chistes del Chapulín Colorado; las letras de los corridos de Cuco Sánchez llevan de fondo la música de los boleros de Manzanero y las comedias rancheras de Eulalio González «Piporro» se emiten en horarios de telenovela, mientras que los ases de la lucha libre rivalizan con Hugo Sánchez. Deudor de este sincretismo cultural, el D.F. de Belascoarán debe ser considerado además como trasunto del país en su totalidad, así como su problemática extensible a la del conjunto del mismo.

Se aprecia también una notable diferencia en lo que respecta a la relación que se entabla entre detective y lugar del crimen a lo largo de sendas sagas. Mientras que, como apuntan Martín Escribà y Sánchez Zapatero, la relación entre Holmes y Londres es de un dominio absoluto del primero con respecto a la

segunda –«llegando a ser capaz de resolver todo conflicto con una simple mirada al lugar del crimen» (Martín A. y Sánchez J. 2007: 57)–, en la saga mexicana se nos describe continuamente a Héctor Belascoarán como un náufrago sin rumbo en mitad de un universo insondable y aleatorio. De hecho, esa falta de dominio sobre el contexto en el que se mueve puede explicar que se trate de un detective tuerto. En palabras de estos mismos autores, esta tara «sirve de perfecta metáfora para explicar la imposibilidad de los detectives modernos de imponer orden en la caótica sociedad en la que se mueven» (Martín A. y Sánchez J. 2007: 58).

3. *La figura del investigador*

Como ya se ha referido anteriormente, Sherlock Holmes aparece por primera vez en el año 1887 tras la publicación de *Estudio en escarlata*, siendo protagonista, tras esta, de tres novelas más y cincuenta y seis relatos recogidos a su vez en cinco volúmenes. Tras hacerlo desaparecer en *El problema final*, relato publicado en *The Strand Magazine* en el año 1893 e incluido en la colección *Memorias de Sherlock Holmes* un año después, Conan Doyle decide resucitarlo para la ficción detectivesca diez años más tarde en el relato *La casa deshabitada* (1903). Debido al enorme éxito que estas aventuras habían cosechado entre los lectores y tras varias polémicas suscitadas, el autor escocés decide ceder a las presiones y publicar esta nueva aventura recogida en el volumen *El regreso de Sherlock Holmes* de 1905, aunque es preciso destacar que, entre ambos relatos, se publica quizá la más celebrada de sus novelas: *El sabueso de los Baskerville* en el año (1902). Investigador avezado, a partir de Holmes se crea un modelo paradigmático que será reproducido hasta la saciedad, aunque en buena medida este sea deudor en muchos aspectos del anterior Auguste Dupin. Por medio de un sencillo combinado compuesto por una observación meticulosa de la realidad y una serie de sólidos conocimientos de botánica, criptografía, química, anatomía e historia criminal, así como de geología, en lo que toca a los diferentes tipos de tierra, o leyes, en lo concerniente a la legislación británica, es capaz de resolver cualquier caso, por difícil que se le presente a la policía, por medio de simples inferencias lógicas. Además de ser un fumador empedernido de tabaco fuerte, Holmes es consumidor habitual de cocaína –en una solución al siete por ciento, como se nos dice al comienzo de *El signo de los cuatro*–. Esta dependencia, junto con la de su afición al violín y la práctica de la apicultura, le permite mantener su privilegiada mente deductiva estimulada cuando no tiene casos que aclarar. Además, «es un experto boxeador, y esgrimista de palo y espada» (Conan Sir A. 1993: 23) y un maestro en el arte de embaucar por medio del disfraz. Debido a su carácter adusto, rayando en algunos casos la misantropía, y a su más que peculiar sentido del humor, es un personaje

solitario y apenas no se le conocen relaciones a lo largo de la saga más allá de la que mantiene con Watson, su acólito y compañero de residencia en el 221B de Baker Street.

Frente a esta actitud fría, arisca e incluso arrogante, Héctor Belascoarán Shayne se nos muestra desde el primer momento como un personaje cercano, imbuido en un contexto y una problemática más reconocible y, sobre todo, más humano. Alejado del *torremarfilismo* del sabueso de Conan Doyle, el escritor mexicano parece ir más allá de clichés preconcebidos asignándole una compleja y rica identidad que lo hace singular. Para ello, el autor se sirve, entre otros procedimientos, de recursos como las descripciones, que en Taibo II son abundantes, precisas y rebosantes de matices; también la reproducción exacta del habla del ciudadano medio del D.F., la prolijidad de diálogos o los cambios repentinos de voz narrativa que nos sumergen en el complejo universo interior de este personaje y su psicología. Mientras que Holmes se nos presenta siempre como una simple máquina deductiva, desprovista de cualquier sentimiento y cualquier signo de empatía ciudadana, Héctor Belascoarán no solo empatiza con la problemática ciudadana del contexto en el que se mueve, sino que se trata de un personaje hecho a medida del D.F., es decir, hundido en la realidad más prosaica de la ciudad de México a pie de calle y, por tanto, caracterizado a partir de los rasgos, las vicisitudes, las preocupaciones y los problemas propios de su morador. Por tanto, es un ciudadano desencantado, dotado de un fuerte carácter y dominado por un código ético personal muy estricto al que se aferra para no caer desplomado e inerte bajo el peso arrollador del sistema de bajezas y el paisaje de ruindad moral en el que habita. A diferencia del primero, todo esto hace que se cree una atmósfera de simpatía e identificación entre Héctor y lector; simpatía que, a mi entender, termina también ayudando a que los mensajes de denuncia vertidos calen mejor y más profundamente en el lector. A fin de cuentas, es un ciudadano más, sumergido en la cotidianidad y la problemática diaria que el D.F. tiene reservada a sus habitantes.

Ingeniero civil, cojo de una pierna y tuerto a partir de *Cosa fácil* (1977) –segunda novela de la saga–, Héctor Belascoarán Shayne, irlandés por parte de madre y vasco por parte de padre, se acaba de divorciar, a la edad de treinta años, cuando comienza la saga. Adicto a la Pepsi-Cola y fumador empedernido de cigarrillos marca Delicados (como su creador), cuenta con dos hermanos (Elisa y Carlos⁵) a los que acude en repetidas ocasiones a lo largo de la serie en busca de consejo y ayuda. Desencantado y en plena crisis existencial, abandona su trabajo en la General Electric para hacerse con el carnet de detective privado por correspondencia. Guiado por la necesidad de darle un giro a su vida y porque está muy desilusionado con el ambiente de criminalidad que campa a sus

⁵ Junto con Belascoarán, es uno de los personajes más importantes y recurrentes de la saga. Sindicalista combativo y lector empedernido de Lenin o Gorki, merece una mención especial ya que parece reflejar a lo largo de la serie la marcada conciencia social de izquierdas del autor mexicano.

anchas, intenta combatirlo haciendo uso únicamente de su terquedad y de su pistola calibre 38. Además, comparte oficina⁶ con un plomero o fontanero experto en drenaje profundo⁷ (Gilberto Gómez Letras), un tapicero (Carlos Vargas) y un ingeniero de cloacas (Gallo Villarreal), que es el «tercer miembro de la extraña comunidad de aquel tercer piso de Artículo 123» (Taibo II P.I. 2005a: 133).

En este proceso de humanización del personaje, el propio Belascoarán llega a desacreditarse como detective al uso. Incluso se aprecia que termina por rechazar de manera contundente ese perfil estereotipado de investigador holmesiano, ensimismado y ajeno al sentimiento del ciudadano medio, identificándose por entero con sus circunstancias. Así, en *No habrá final feliz* (1989) se puede leer de boca del propio Héctor: «El diploma me lo dieron por trescientos pesos y nunca leí novelas en inglés. Cuando alguien habla de las huellas dactilares, me suena a propaganda de desodorante; con la pistola nomás le doy a lo que no se mueve mucho» (Taibo II P.I. 2005a: 142), y en *Algunas nubes* (1985): «No, yo detective, yo pura madre. (...) Me emputa tanto como a ti, me reencabrona cómo se van consumiendo el país y lo van haciendo mierda. Soy tan mexicano como cualquiera» (Taibo II P.I. 2005a: 88-89).

Al igual que Holmes, Héctor desaparece al final de la tercera novela de la saga –*No habrá final feliz* de 1981– para luego reaparecer por petición del público en *Retorno a la misma ciudad y bajo la lluvia* ocho años más tarde (1989), aunque *Algunas nubes*, del año 1985, se escribe entre ambas pero con una trama anterior que se ubica entre *Cosa fácil* (1977) y *No habrá final feliz*. Aunque se trate de dos detectives muertos y resucitados a lo largo de sendas sagas, este desenlace fatídico se desarrolla de manera diferente. Como es bien conocido, la lucha final entre Holmes y el profesor Moriarty junto a la catarata de Reichenbach termina con un final no rotundamente cerrado en el que el lector intuye, por medio de Watson, que ambos se han debido caer por el precipicio para luego notificar en *La casa deshabitada* que Holmes sigue vivo y que en realidad por esa catarata solo cayó Moriarty. Sin embargo, en el final de *No habrá final feliz*, por mucho que luego Taibo II nos haga entender al comienzo de *Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia* que Héctor queda solo gravemente herido de muerte, su fallecimiento no deja lugar a dudas, como, por otra parte,

⁶ La oficina en la que trabajan Shayne y sus compañeros se nos describe como un lugar sucio, desordenado, caótico: «Un cuarto amplio, pisos de duela [tabla] llenos de cicatrices, paredes de un blanco cremoso y sucio. (...) Sobre un escritorio roñoso (...) Polvo, aserrín, grasa, restos de borra, daban al suelo sin barrer desde hacía un mes, configuración de desastre» (Taibo II P.I. 2005a: 169). Se puede interpretar como un trasunto del D.F., su caótica naturaleza y su atmósfera sucia y contaminada.

⁷ Obsérvese el valor también simbólico que, sobre este hecho, defiende Gabriel Trujillo Muñoz: «Es sintomático que Belascoarán comparta su oficina con Gilberto el plomero, especialista en drenaje profundo, porque el detective de Taibo II no lo es menos al investigar las cañerías de nuestra sociedad [la mexicana], las entrañas del sistema político mexicano, que le salen al paso en forma de casos a resolver» (Trujillo G. 2000: 72).

reconoce en tono de disculpa el propio autor en la nota introductoria de esta novela:

No me pregunten cuándo y cómo revivió Héctor Belascoarán Shayne. No tengo respuesta. Recuerdo que en la última página de *No habrá final feliz* la lluvia caía sobre su cuerpo perforado. Su aparición por tanto en estas páginas es un acto de magia blanca. Magia blanca, quizá, pero magia irracional e irrespetuosa hacia el oficio de hacer una serie de novelas policíacas (Taibo II P.I. 2005b: 9)

Inciendiando en el realismo que desprende la saga, Héctor muere tiroteado de manera repentina en medio de una calle transitada de la capital y a plena luz del día, un final coherente que no hace sino reflejar una de las realidades más crudas que tiene que combatir todo ciudadano de México D.F.: la sensación áspera de que la muerte se arrastra sigilosa por entre las calles y de que puede abordar violentamente a cualquiera en el momento más insospechado sin que nadie pueda evitarlo. Y es que, mientras Holmes siempre gana la partida saliendo airoso de cualquier contratiempo, por muy difícil que parezca, y resolviendo el enigma sin dudar, sin cuestionarse y sin cometer un solo error, rodeado siempre de esa aura de inmunidad que lo hace intocable, Héctor es el antihéroe que falla constantemente. Un personaje abrumado por la realidad que le rodea y que no entiende, que se cuestiona continuamente por su papel y su lugar en el mundo, un hombre enfrentado constantemente al peligro y plenamente consciente de sus muchas limitaciones, que le hacen avanzar a base de errores. Algunos de ellos irreparables.

4. El método de investigación

En lo que a métodos de investigación se refiere, lo primero que es preciso aclarar es la razón personal que impulsa a cada uno de estos detectives al esclarecimiento del acto criminal. Ambos personajes presentan diferencias sustanciales en este aspecto ya desde sus primeras aventuras. Por un lado, el motor que desencadena la investigación en los relatos protagonizados por Holmes siempre es el mismo: el estímulo de enfrentarse a un reto intelectual aparentemente indescifrable. Por otro lado, el motivo que desata las pesquisas en la serie Belascoarán no es siempre el mismo; lejos del gusto por los acertijos que se aprecia en el primero, la motivación de Héctor comienza siendo el afán de justicia social. Con el paso del tiempo, y tras el cansancio y la frustración que van dejando tras de sí los casos que va abordando, se aprecia a lo largo de la saga cómo ese inicial afán de justicia va decayendo y siendo irremediamente sustituido por una suerte de terca curiosidad irracional fruto del desencanto

ante la imposibilidad de hacer justicia en la Ciudad de México. De hecho, el propio Héctor así lo reconoce en el transcurso de la novela *Amorosos fantasmas* (1989):

Que ciertamente sus motivaciones eran una mezcla de la eterna e insaciable curiosidad, del dejarse ir en historias ajenas, (...) estaba cerca de cumplir los 40 años, estaba envejeciendo. Pensaba en esas cosas, porque lentamente se diluían en su cabeza las motivaciones originales de justicia a como diera lugar y se iba depositando, como un sedimento solitario, la eterna dosis de curiosidad. Mal material: curiosidad sin ánimo de venganza justiciera (Taibo II P.I. 2005b: 164)

En cuanto al desarrollo de la investigación, como ya se ha venido señalando, el procedimiento de investigación en la saga Holmes consta de cuatro elementos primordiales: en primer lugar, la observación minuciosa del entorno del crimen; en segundo lugar, la ausencia de cualquier forma de compromiso emocional con el mismo; en tercer lugar, el uso de la razón deductiva, que nos permite establecer teorías exactas a partir de una serie de premisas incuestionables yendo de lo general a lo particular, y, en último lugar, el acopio de los conocimientos enciclopédicos pertinentes para la elucidación del caso, sólo los estrictamente necesarios por muy absurdos que parezcan. Por tanto, nada de ocupar inútilmente el cerebro con conocimientos fútiles que en nada tienen que ver con el arte de la investigación criminal:

–Entiéndame –explicó Holmes–, considero que el cerebro de cada cual es como una pequeña pieza vacía que vamos amueblando con elementos de nuestra elección. Un necio echa mano de cuanto encuentra a su paso, de modo que el conocimiento que pudiera serle útil, o no encuentra cabida o, en el mejor de los casos, se halla tan revuelto con las demás cosas que resulta difícil dar con él (Conan Sir A. 1993: 22)

En definitiva, el modelo de investigación que propone Holmes debe asemejarse todo lo posible al método científico, como, por otro lado, se colige del contexto positivista en el que se inscribe: «El detectivismo es, o debería ser, una ciencia exacta, y hay que ocuparse de ella con la frialdad y ausencia de emociones con que se tratan las ciencias exactas» (Conan Sir A. 2010). Sin embargo, los casos que ocupan al detective Belascoarán no se pueden entender desde este punto de vista. Sus investigaciones siempre tienen como común denominador una profunda concienciación con la problemática ciudadana y un compromiso decidido y a todos los niveles posibles a favor de las víctimas del sistema: los ciudadanos más desfavorecidos.

Héctor no creía en el raciocinio (...) Solo escuchaba, esperando una cosa, saber por dónde empezar, en qué calle, qué esquina iniciar el recorrido por el que iba a meterse en la vida de otra gente, o en la muerte de otra gente, o en los fantasmas de otra gente. (...) Héctor sólo conocía un método detectivesco. Meterse en la historia ajena, meterse físicamente, hasta que la historia ajena se hacía propia (Taibo II P.I. 2005a: 20)

De esta manera, en un mundo poliédrico e irracional como el que rodea a este personaje, la investigación va avanzando de manera lenta e insegura, encauzada siempre a medias a través de la suma de otros cuatro factores. Además de la curiosidad y la terquedad ya comentadas, se añaden, por un lado, una intuición natural en Héctor para tirar del cabo adecuado en el momento preciso, siguiendo sin desfallecer la senda que los casos van marcando hasta que los mismos se desprenden de sus interrogantes. Por otro, un elemento del que se reniega siempre en la saga Holmes pero que es tan crucial como incontrollable en el universo del detective Belascoarán: la suerte. De hecho, se trata de un ingrediente tan significativo que el propio Taibo II no duda en reflexionar sobre el mismo dentro del relato detectivesco acudiendo incluso a metáforas futbolísticas como la siguiente: «Los detectives, como los porteros de fútbol tienen un 55% de suerte y el resto de talento natural para tirarse hacia el lugar indicado» (Taibo II P.I. 2005b: 46). Por último, ambas sagas también difieren notablemente en el papel al que relegan a sus lectores con respecto a la investigación. El grado de conocimiento y de participación del lector en la saga del escritor escocés es más bien pasivo. Su nivel de conocimiento siempre es inferior al de Holmes e igual, como mucho, al del narrador testigo (Watson). Se le deja aparte de la investigación, se le ocultan datos y se le suministran pistas falsas. Incluso se juega con él a voluntad hasta que, al final de cada relato, llega, acompañada de sorpresa, la resolución final del enigma de boca del propio Holmes.

Por el contrario, la actitud por parte del lector que demandan las aventuras de Belascoarán es muy diferente. Este no solo tiene conocimiento en cada página del momento en el que se encuentra la investigación sino que, por medio de una inmersión en la mente de Héctor –a través de las enumeraciones que éste hace de los hechos que se van sucediendo a cada paso o el planteamiento de las preguntas que se derivan de los mismos– se hace partícipe al lector de cada una de las etapas que jalonan la investigación a cada instante. Así, el grado de conocimiento sobre los hechos entre personaje y lector se equipara, incidiendo, por otro lado en la identificación entre ambos antes señalada. El siguiente fragmento pertenece a *Cosa fácil* y es claro ejemplo de lo que se acaba de decir. Hace mención a uno de los tres casos entrelazados que

Héctor tiene que resolver en esta segunda entrega de la serie: el de una niña adolescente que se ha intentado suicidar amenazada por alguien cuya identidad desconocemos. A manos de Héctor llega el diario de la chica con información en clave muy reveladora que le hace plantearse las siguientes dudas:

Al término de un largo cuarto de hora, Héctor releyó las notas que había tomado: 1. Bustamante es mujer (...) 2. Las notas sobre la escuela mezcladas no tienen nada que ver [con el caso]. Y sin embargo era necesaria una entrevista con, Gisela, Bustamante y demás compañeras de Elena [la adolescente amenazada] 3. Elena tiene algo que vale más de cincuenta mil pesos, que es peligroso, de lo que no se puede deshacer y que quién sabe cómo obtuvo. Ésa era la maldita clave. Lo que tenía y que hacía que Es. y G. (¿Es. de Esteban? ¿Eustolio?, ¿Esperanza?, ¿G. de una mujer?) la presionaran. 4. Pero todo esto tiene que ver con algo que ella sabe de su madre y que ésta no sabe que sabe. ¿Podría haber sacado lo que vale cincuenta mil pesos de ella? (...) ¿de dónde jalar [tirar] el primer hilo? (Taibo II P.I. 2004b: 105)

De esta forma, el lector se convierte en una especie de cómplice de la investigación. Mientras que en el universo Holmes el proceso de investigación se mantiene velado a ojos del lector hasta el momento final, en la serie Belascoarán el lector se convierte en testigo ocular de todo lo que va ocurriendo a lo largo del caso demandándose, por tanto, una posición mucho más activa de su parte.

5. El agente del crimen

El personaje del criminal en las novelas protagonizadas por Sherlock Holmes siempre se corresponde con un antagonista claro, delimitado, perfectamente reconocible por el lector y cuya identidad se nos termina revelando al final. Formulado como un duelo intelectual, una partida de ajedrez entre dos mentes prodigiosas, el caso criminal en la saga del autor escocés se desarrolla oscilando entre dos polos: el del agente del crimen, que se dedica constantemente a trabar la investigación torpedeando el esclarecimiento de los hechos e intentando siempre ocultar su verdadera identidad, y Holmes, dedicado a desenmarañar una incógnita que siempre responde a la misma pregunta: quién cometió el delito. En la mayoría de los casos, se trata de infracciones leves de la ley como robos o chantajes. Aunque es cierto que también se pueden hallar homicidios, tanto al comienzo como en el desarrollo de la investigación, estos nunca son tan salvajes ni están tan violentamente retratados como en las novelas de Taibo II.

Lejos de maniqueísmos simplicistas, el personaje del criminal es mucho más complejo y nunca queda nítidamente personificado en la figura de un

antagonista preciso a lo largo de la saga Belascoarán. El verdadero agente del crimen es el corrupto sistema mexicano bajo el gobierno del PRI⁸. Guiado por una serie de entresijos intrínsecos velados al ciudadano corriente –por mucho que uno se obstine en esclarecerlos–, genera un raudal incontenible de actos criminales que asola al conjunto del país y cuyas imprevisibles consecuencias siempre termina pagando el más desfavorecido. De hecho, el autor mexicano se encarga de dejar esto bien claro ya desde la primera novela de la saga, *Días de combate*, cuando el estrangulador de mujeres al que Héctor se enfrenta le espeta las siguientes palabras al final de la misma:

–Bien, he asesinado once veces y he causado heridas menores. En ese mismo intervalo de tiempo, el Estado ha masacrado a cientos de campesinos, han muerto en accidentes decenas de mexicanos, han muerto en reyertas cientos de ellos, han muerto de hambre o frío decenas más, de enfermedades curables otros centenares, incluso se han suicidado algunas docenas... ¿Dónde está el estrangulador?

–El Gran Estrangulador es el sistema (Taibo II P.I. 2004a: 222)

En la saga de Taibo II se respira una asfixiante desconfianza con respecto a las altas esferas dirigentes. Su acción interesada e impune provoca en el ciudadano mexicano un desencanto pesimista del que Taibo II no solo se hace eco en las tramas de sus novelas, sino que está presente en algunos casos ya desde el título, como por ejemplo en la referida *No habrá final feliz*. Esta impotencia y esta desilusión que, a partir de su primera obra, se generan inundándolo todo, hace que el autor azteca arremeta constantemente contra los agentes que considera responsables de esta situación: las jerarquías gubernamentales mexicanas. A lo largo de sus novelas, Taibo II no cesa en su empeño de verter sobre ellas las más incendiarias y subversivas críticas a su organización y a su gestión, además de desenmascararlas presentándoselas al lector como lo que realmente son: estamentos corruptos movidos por el interés. Los colectivos que se consideran responsables de esta situación y contra los que se embiste una y otra vez son cuatro: en primer lugar, el cuerpo político, denunciando con especial encono la fraudulencia y la total impunidad de sus gobiernos corruptos; tampoco escapa de la denuncia el estamento judicial, cuya venalidad se alía con la corrupción política garantizando la impunidad de sus representantes. En tercer lugar, la corporación policial y las fuerzas del orden, que con su uso abusivo de la autoridad y sus prácticas violentas expanden el terror y la inseguridad entre la indefensa ciudadanía. Y por último, los medios de comunicación de masas, contra los que carga también el autor azteca, gran

⁸ Se hace notar que todos los casos criminales de las novelas de la saga ocurren en un contexto de totalitarismo político en manos del Partido Revolucionario Institucional.

conocedor de sus entresijos, denunciando su politización y su labor como encubridores de la realidad al servicio del poder.

A la vista de lo referido, y una vez analizados ambos personajes y sus respectivas sagas en torno a estos cinco ejes temáticos, se puede concluir, en primer lugar, que cada detective es hijo de su tiempo y que, imbuidos como están en sendos contextos políticos, sociales y culturales tan definidos, protagonizan universos criminales muy alejados entre sí. Sin embargo, el segundo no nace sino como resultado natural de la evolución de un discurso criminal decimonónico –guiado por la lógica para la resolución del crimen–, a otro en el que esta cae por su propio peso dejando paso a la intuición del detective y su perseverancia como únicas armas para lograr la resolución del crimen en un mundo caótico y aleatorio. Esta reflexión ha pretendido, en definitivas cuentas, hacer un repaso de la historia del género detectivesco desde el *whodunnit* hasta el neopolicial latinoamericano, heredero del *hard boiled* de los maestros estadounidenses, a través de estos dos personajes. Una evolución paralela al del propio discurso policíaco desde la primera corriente, donde el discurso gira en torno a sí mismo, persiguiendo la resolución de una encrucijada intelectual y sin ninguna finalidad fuera del propio texto, hasta la última donde este discurso se convierte en un simple medio al servicio de la crítica política y social.

BIBLIOGRAFÍA

Conan Doyle Sir Arthur, *Estudio en escarlata*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Conan Doyle Sir Arthur,
<http://www.ciudadseva.com/textos/ing/doyle/signo.htm> (04/04/2010).

Martín Escribá Àlex y Sánchez Zapatero Javier, *Una mirada al neopolicial latinoamericano: Mempo Giardinelli, Leonardo Padura y Paco Ignacio Taibo II* en Teresita Mauro Castellarín (Comp.), *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, vol.36, 2007, pp. 49-58.

Taibo II Paco Ignacio, *Días de combate*, Barcelona, Planeta, 2004a.

Taibo II Paco Ignacio, *Cosa fácil*, Barcelona, Planeta, 2004b.

Taibo II Paco Ignacio, *Algunas nubes / No habrá final feliz*, Barcelona, Planeta, 2005a.

Taibo II Paco Ignacio, *Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia / Amorosos fantasmas*, Barcelona, Planeta, 2005b.

Trujillo Muñoz Gabriel, *Testigos de cargo: La narrativa policíaca mexicana y sus autores*, Tijuana, Ed. Centro Cultural Tijuana, 2000.